

POESÍAS JUVENILES
DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

PUBLICALAS

NARCISO ALONSO CORTÉS

Tirada aparte de la REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO
Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid

MADRID
ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES

—
1933

JG - 9925

A Jorge Guillén, con la cordial
selección personal y literaria

Narciso Alonso Cortés

POESÍAS JUVENILES DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

PUBLICALAS

NARCISO ALONSO CORTÉS

Tirada aparte de la REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO
Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid

MADRID

ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES

1933

POESÍAS JUVENILES
DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

POESÍAS
NARCISO ALONSO CORTÉS

Trascripción de la REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
Y MUSEO DE ACOGIMIENTO DE 1931

MADRID
ÁRTEF LIMPICAS JUVENILES

1931

POESÍAS JUVENILES DE QUINTANA

Corrían los días del año 1788, cuando vió la luz pública en la villa y corte un librito que llevaba la siguiente breve portada: *Poesías de D. Manuel Joseph Quintana. Madrid, MDCCCLXXXVIII. En la oficina de Benito Cano.*

¿Quién es —se preguntaban muchos— este D. Manuel Joseph Quintana, a quien no conocemos como poeta? ¿Quién es este émulo de *Batilo*, que así se adentra en los secretos del romance y de la elegía? ¿Procede acaso de la insigne urbe salmantina, donde tan diestramente se miden las armas de la poesía?

Otros muchos tenían ya noticia del novel poeta. El año anterior, en la distribución de premios de la Real Academia de San Fernando, había leído una silva de fácil inspiración. Y no se trataba ciertamente de un hombre grave, conocedor del mundo y de la vida, que pudiera fundar en la experiencia las reflexiones filosóficas y arrebatos amorosos contenidos en sus versos. Aquel D. Manuel Joseph Quintana era un muchacho de diez y seis años.

El librito se abría con una dedicatoria al conde de Floridablanca. Precisamente en aquellos momentos, el conspicuo ministro de Carlos III pasaba por las mayores amarguras de su vida. Como si de nada valieran sus desvelos por el menesteroso, su protección a las ciencias y las artes, sus sacrificios por la patria, la envidia y la maledicencia le atacaban sin descanso. De mano en mano corría un papel satírico titulado *Conversación que tuvieron los condes de Floridablanca y de Campomanes el 20 de junio de 1788*, donde se derramaban especies calumniosas contra aquellos dos hombres insignes. La aristocracia y la milicia, especialmente, utilizaban todos los recursos para zaherir al de Floridablanca, mal satisfechas de los decretos en que se reducían sus privilegios.

El joven Quintana, ya orientado en ideas liberales, se dirigía al conde, y en tono resuelto y valiente le decía:

«A ti la luz se debe ilustradora
en que la ciega Hesperia envuelta estaba:
tú sostuviste con benígna mano
las vacilantes ciencias, que un destino
fatal y triste derribado había
de sus augustas y sublimes aras:
tú las volviste a colocar en ellas.»

Todas las composiciones integrantes del tomo superaban con mucho a cuanto pudiera esperarse de un poeta tan joven. Nacido en 17 de abril de 1772, acababa Quintana de cursar en las aulas salmantinas los estudios de Artes y Filosofía, y había iniciado los de Jurisprudencia. En aquellos años de su vida estudiantil recibió también sus primeras inspiraciones poéticas, como lo dice en su oda *A las Artes*:

«Y tú, rabel humilde, que ya un día
entonaste en las húmedas riberas
del Tormes abundoso
las canciones que Apolo luminoso
alegres me inspiraba y placenteras,
baxo de alguna cavidad sombría...»

También en aquellos años —¿cómo no?— sintió su pecho herido por los primeros dardos de amor. Incentivo de su pasión fué una joven vallisoletana, que por aquellos días se trasladó a las orillas del Tormes. El poeta, que se llamó *Anfriso*, por no desmerecer de cuantos Batilos, Jovinos, Delios y Dalmiros ilustraban el parnaso salmantino, celebró a su amada bajo el nombre de *Filena*:

«¡Feliz por siempre el día
en que se oyó a la Fama placentera,
que de Pincia venía
a ornar nuestra ribera
la beldad más amable y lisonjera...»

Filena, si a ella se refiere, como es probable, el romance *A la Esperanza*, correspondió al fogoso mancebo y le juró amor eterno:

«¿En nada, perjura, en nada
estimas el juramento
que de ser mía me hiciste
en el valle de tu pueblo?
Decías: querido amigo,
juro por los altos cielos
de ser tuya hasta que muera,
sin conocer otro dueño.»

¿Sería que Anfriso, arrastrado por el amor a Filena, había hecho un viaje para visitarla en el valle del Pisuerga? Así debe creerse.

Las penas de ausencia torturaron intensamente a Anfriso. Tal lo expresa, con fogosos acentos, en las silvas de *La ausencia*:

«Conviéneme morir, pues desterrado
estoy de aquella luz, que era la causa
de todo mi contento. ¿Dó se han ido
aquella gentileza y hermosura
de todos adoradas? ¿Dónde suena
la voz encantadora de la boca
que con sus amorosas expresiones
tan lisonjeramente me rendía?»

Mas ¡ah! que la ingrata Filena olvidó sus promesas y juramentos, y dió entrada a otro amor en su corazón. Tal nos lo hace saber el romance *A Thirso*:

«Yo, triste amador insano
de una mujer, que desprecia
mis amorosos suspiros
y mis ardientes querellas,
y que, fina, al mismo tiempo
su más puro afecto empeña
en otro, quizá más digno,
y no más amante della,
¿qué he de hacer? ¿Por qué no muero?»

Y en el romance *A la Esperanza* increpa con vehemencia a la «ingrata Circe» que despreciaba sus honestos pensamientos y se burlaba de sus cuitas amorosas.

Vemos, pues, que Quintana, a quien siempre se ha acusado de ser insensible a los estímulos del amor, del amor recibió sus primeras inspiraciones. Pero a la verdad no fué muy afortunado en las lides de Cupido, y se explica que muy pronto arrancara de su lira la cuerda erótica. En las *Poesías* que dió al público en 1802, totalmente distintas de estas otras juveniles que aquí reimprimo, insertó dos poesías amorosas: las tituladas *A Célida* y *A Elmira*. Al reeditarlas en 1813, suprimió esta última. Durante aquellos años había pasado Quintana por la tragedia de la infidelidad conyugal, y si *Elmira*, como debe presumirse, era su mujer doña María Antonia Florencia, mal podía reaparecer entre frases de fuego y pasión. No fué tampoco pequeño, si juzgamos por la poesía a ella dedicada, el amor que sintió por Célida; pero es evidente que se frustró también. File-

na... Célica... Elmira... ¿Qué ganas habían de quedar a Quintana para entonar nuevos cantos de amor?

Estas poesías juveniles de Quintana son ya un nuncio de la potente musa que había de señalar una época en el siglo xix. Raro caso éste de precocidad; porque si han sido bastantes los poetas que a los quince años, y aun antes, han versificado con facilidad y soltura, no muchos más que Quintana serán los que a ese dominio de la forma agreguen la profundidad del concepto y el vigor de la idea. Hay en estas poesías de Quintana, con todas sus inexperiencias, una vitalidad tan notable, que difícilmente se creerían obra de un adolescente.

No puede sorprender que en todas busque un modelo a quien imitar. Así en la *Carta de Matilde, Condesa de Boloña*, sigue la moda que Pope, con su famosa *Epístola de Eloisa a Abelardo*, había difundido en toda la poesía europea, como un eco sentimental de las heroidas ovidianas. Desde que Colardeau la tradujera libremente al francés, y él y otros poetas galos, escribieran otras análogas, el género había triunfado doquier, y en España tenía ya cultivadores como D. José Cadalso. No se ve libre la *Carta de Matilde* del sentimentalismo inherente a tales composiciones; pero con todo y con eso, el novel poeta muestra singular delicadeza en la expresión, y juntamente un perfecto dominio del verso suelto.

En todas las demás poesías del libro predomina la influencia de Meléndez Valdés. Así en la oda recitada en la Academia de San Fernando, remedo de la muy conocida *A las Nobles Artes*, bien que ésta tuviera como precedente otras varias leídas en la misma Academia desde su fundación, con motivo de la distribución anual de premios. La de Quintana no pretende elevar la entonación, antes bien, discurre llana y sencillamente; pero sin caer en los prosaísmos que tales empeños solían acarrear.

La elegía en tercetos sigue muy de cerca la de Meléndez *El deleite y la virtud*, con su correspondiente dialogismo acusatorio y su protesta de anhelos virtuosos. De igual manera la oda *A Filena* es imitación de aquellas otras que *Batilo* fué a buscar en *La flor de Gnido*, y especialmente de la titulada *De la voz de Filis*. Ensayo horaciano, visto sin duda a través de otras imitaciones, es la oda *A un opulento avaro* (1).

En Meléndez inspiró también las silvas y romances. Ello le llevaba a prodigar las notas de melancolía y desesperanza, bien impropias de un poeta mozalbillo. En especial, los romances procuraban aproximarse al modelo, y lo conseguían así en la emoción del tono como en la soltura y flexibilidad del octosílabo.

Se explica, pues, que al publicar Meléndez en 1797 la segunda edición

(1) *El Himno a la Inocencia* se publicó en el *Correo de Madrid*, 20 de agosto de 1788. Iba suscrito de este modo: «Anriso.—Por el Br. D. M. J. Q. en el C. de la M.» (Esto es, el Colegio de la Magdalena, de Salamanca, donde estudió Quintana).

de sus poesías, considerase a Quintana como discípulo suyo y dijera haber contribuido a formarle «con sus consejos y exhortaciones». El discípulo, sin embargo, había de echar muy pronto por otros caminos que el maestro.

DE DON M. JOSÉ H. QUINTANA ***

Tan raros se han hecho los ejemplares que contienen estas poesías, que sólo tengo noticia de que haya dos en el mundo: uno de ellos, que perteneció a Ticknor, en la Biblioteca pública de Boston; otro, en la de *The Hispanic Society*, de Nueva York. Esto me mueve a reimprimirlas. El poeta que alcanzó justamente la preeminencia entre todos los de su época, merece también ser conocido por las primicias de su ingenio (2).

(2) A la amabilidad de mi ilustre amigo D. Federico de Onís debo la copia del ejemplar existente en *The Hispanic Society of America*, que me sirve para esta reimpresión.

POESÍAS
DE DON MANUEL JOSEPH QUINTANA

DEDICATORIA

AL EXCMO. SEÑOR CONDE DE FLORIDABLANCA

Los afectos y lágrimas que exprime
de los sensibles pechos la desgracia,
¿a quién irán mejor que al hombre amable,
que con tanta ternura y complacencia
socorre y compadece al desvalido?
¿A quién mejor que al héroe respetable,
que sosteniendo en su valiente mano
la mole insoportable de dos mundos,
sabe en su pecho dar tanta cabida
a la, por él, feliz literatura?
Sí, esclarecido Conde, a ti se deben
los efectos del arte y del ingenio,
a ti la luz se debe ilustradora
que acabó de romper las densas nieblas
en que la ciega Hesperia envuelta estaba.
Tú sostuviste con benigna mano
las vacilantes ciencias, que un destino
fatal y triste derribado había
de sus augustas y sublimes aras.
Tú las volviste a colocar en ellas,
y la santa verdad mostróse entonces
con todo su esplendor: por ti adorada
de los Hésperos es. ¿Puede gloriarse
la república insigne de los sabios
de mejor protector? ¿Podrá negarse
a un hombre tan benéfico y amable
este fruto debido a sus influxos?
Estas son, Conde ilustre, unas primicias
que mi ingenio ha formado en otro (3) tiempo

(3) Estas poesías se escribieron quando su autor tenía sólo quince años de edad.

en que la amable y dulce poesía
con sus finos halagos me seduxo;
pero intentos más altos despertaron
el ánimo en sus brazos adormido;
yo de ellos me he arrancado, y estudiadas
las leyes sacrosantas e inviolables
que la naturaleza dicta al hombre,
por mano de la Historia conducido
al templo fuera de la augusta Themis.
Allí, con fiel balanza ponderada,
la justicia y la paz al hombre veo,
y la felicidad a todas partes
se difunde de allí; ojalá sean
mis encendidos votos acordados
de esta diosa sagrada, y oficiosa
sus augustos misterios me revele.
Tú, entre tanto, munífico Mecenas,
del imperio español digna coluna,
escucha atento los lamentos tristes
de una infeliz, y si su llanto amargo
a tu sensible corazón agrada,
disponte a recibir de mi respeto
de mis altos estudios las tareas.

Excmo. Señor:
su más humilde y rendido servidor,

Manuel Joseph Quintana.

CARTA DE MATILDE, CONDESA DE BOLOÑA, A ALFONSO TERCERO,
REY DE PORTUGAL

ARGUMENTO

Matilde, Condesa de Boloña, casó en segundas nupcias con Alfonso, hermano del Rey de Portugal D. Sancho Capelo. Arrojado éste del Reyno por sus Vasallos, eligieron en su lugar a Alfonso. El entonces repudió a Matilde y casó con una hija natural del Rey de Castilla. La infeliz condesa, después de abandonarse al más furioso dolor, pasó a Portugal para

reconvenir a Alfonso; pero este ingrato esposo la mandó detener quando llegaba ya cerca de Lisboa. Ella, en tan infeliz situación, escribió esta carta, reprehendiéndole su perfidia:

MATILDE A ALFONSO

Ya que desconocido no has osado
ver mi odiosa presencia, admite al menos
estas cláusulas tristes mal formadas
con el amargo llanto y los suspiros.
Pasa por ellas tus alevos ojos,
si de ese nuevo Reyno los cuidados,
o los dulces abrazos repetidos
de tu adorada amiga no lo estorban.
No rezeles que el Reyno te arrebate
de esta enojosa carta la lectura,
y lo que siento más, está seguro,
que no te sacará del infiel pecho,
del olvidado pecho que fué mío,
de esa mujer injusta la figura.
¡Ah! No me niegues este don postrero,
pues tantos yo te he dado en otro tiempo,
en el tiempo feliz y venturoso,
quando mi amor con otro amor pagabas.
¿Cómo así te olvidaste de tí mismo,
que sin temor de Dios te has entregado
a vicio tan infame? ¿Has olvidado
tan pronto aquello que a mi amor debías?
¿En dónde está el honor? ¿Fúndaslo acaso
en engañar a una mujer que en nada
ofendido te había? ¿Quién dixera
que quando aquel Alfonso se esmeraba
en amarme y servirme a todas horas,
ya sobre mi cabeza fulminaba
los filos penetrantes del engaño?
¡O tiempo! ¿Dó escondiste aquellos días
en que con mil suspiros encendidos
el amoroso aliento me bebía
el que en brazos agenos duerme ahora?
¿Y dónde huyeron las felices horas
quando con repetidos juramentos
su constancia en amarme aseguraba?
¿Quando gocé de los delicias puras
de un inocente amor correspondido?

Todo desapareció, qual leve sueño,
o como pluma que arrebató el ayre.

Inútiles favores, ansias tristes
que yo por este ingrato he padecido,
venid a socorrerme, y ya que en nada
en tan funesto lance me valisteis,
venid y confundidle con su misma
ingratitude; el pérfido se vea

de su misma vileza avergonzado:
Dad esto a mi clamor, y al punto sea.

¡Ah! ¿Por qué esta memoria dolorosa,
que tanto aflige mi sentido pecho,
no disuelve con fuerza irresistible
el hilo amargo de mi triste vida?

Que menor mal entre tan grandes males
fuera acabar la vida miserable,
cercada de dolores tan terribles,
que no estar viendo mis cansados ojos
cómo goza del fruto que era mío
esa mujer adúltera y bastarda.

Mas ¡ay, Alfonso! ¿Qué me presta ahora
qué me presta injuriarla, si gustoso,
entre suspiros mil y mil caricias,
su seno besas y en tus brazos ríe?

Pero ella llorará; llegará tiempo
en que la desampares, y liviano
busques otra mujer. Que así los cielos
vengarán con su afrenta mis afrentas.

Vuelve en tí, Alfonso, vuelve y no porfies
en contrastar la voluntad divina;

yo sola soy tu esposa y la que sólo
amada debe ser; la Providencia
a tí me destinó: pues ¿por qué causa
así tan sin respeto me abandonas?

¿Tan en breve, cruel, te fastidiaron
la edad lozana, las riquezas muchas
y la hermosura grande en que decías
me aventajaba al sol? ¿Acaso tiene
más riqueza y beldad la Castellana?

Tenga más hermosura y más tesoros;
no te ama más que yo; sus beneficios
¿osará compararlos con los míos?

Por tí perdí la castidad jurada
a mi primer esposo, entonces muerto;
por tí los Boloñeses murmuraron
de mi poco recato y mis amores;
por tí dispuesta a abandonarlo todo

estuve siempre, infiel; la vida y honra
al presentarte tú nada valían;
y, lo que es más, yo misma loca y ciega
en las manos te puse el arco duro
que disparó las venenosas flechas
con que mi corazón emponzoñaste.

Veniste por mi mano a mis estados,
pobre, abatido, desvalido y solo,
para buscar en ellos un asilo;
lo hallaste, y aún mejor del que pensabas.
Yo en mi Palacio te hospedé, movida
de compasión al ver tan abatido
al hermano de un rey. ¡Nunca lo hiciera,
ni en mi seno abrigara la serpiente
que el encendido corazón devora!
Yo te amé, y me perdí; tú falsamente
me mostrabas amor, y ya más fácil
que lo que ser debiera, a los combates
de la pasión cedí, rendí mi mano
a un falso engañador que me ha burlado.
¡O pasión! ¡O pasión! ¿Quántas desdichas
a mi pecho has causado? ¡Nunca hubiera
visto tal hombre! Y antes que aportase
en mis riberas, me tragase el suelo.
Yo me dexé engañar; las blandas voces
con que falso mi amor lisonjeabas,
el linage y la fama que traías,
todo sirvió para cegarme, y todo
para precipitarme en mi locura.
¿Pues quién, tras tanto y tan dichoso tiempo,
tan súbita mudanza imaginara?
Nadie lo pudo imaginar, yo sola
soy la culpada en mis desdichas tristes.
Mas ¡ay! ya se estremece la memoria
al acordarse del aciago día
en que arrancado de mis brazos fuiste;
la fama publicaba, que a tu hermano
por su grande inacción, del trono regio
los portugueses arrojado habían,
y por rey elegirte deseaban.
¡Triste de mí! Partiste a fomentarlo,
quedando yo desamparada y sola.
¡O partida funesta! ¡Quántos daños
a mi suerte feliz acarreaste!
Por tí me vino el fin de mi ventura,
por tí el principio de mis crudos males.
Al fin llega la triste despedida.

¡Ah! ¿Cómo al acordarme no fallezco,
al acordarme de las dulces voces
con que de mí se despidió el infame?
Dime, Alfonso cruel: ¿en qué pensabas
quando tales palabras me decías?
«Adorada Matilde, sólo sea
causa para apartarme de tus brazos
el ir a recibir una diadema
que sólo ceñirá tus bellas sienes;
presto daré la vuelta...» Así decías,
y llorabas también, y me abrazabas,
adorado traidor. Yo, sorprendida
con el dolor agudo, apenas pude
decirte a Dios; a Dios, me respondiste
y subiste a la nave. ¡Qué violento
el Céfiro soplabá! ¡Qué velero
era el casco fatal, que me llevaba
el solo y grande bien que yo tenía!
Todo se conjuraba a arrebatarte,
desdichada Matilde, tu ventura.
Al cabo ya los vientos el navío
apartan de mi vista, y al instante
de obscuridad mis ojos se cubrieron,
los vacilantes muslos me faltaron
y en la tierra caí; tres largas horas
dicen que estuve sin sentido alguno,
y que después, volviendo en mí, furiosa,
la rubia cabellera me arrancaba,
y con horribles gritos exclamaba:
«¡Desconocido Alfonso! ¿Dó te has ido?
¿Por qué me desamparas? ¿No pudiera
esta desventurada esposa tuya,
¡ay! participe ser de tus fortunas?»
Así el dolor entonces desahogaba;
pero después que a la razón dió treguas
aquel primer calor, y serenóse
la mente, hasta aquel tiempo arrebatada,
a Dios eterno, que en los cielos mora,
humildemente tu salud pedía,
y con ardientes lágrimas rogaba
que feliz a mis brazos te volviese.

No tardó mucho tiempo el extenderse
la agradable noticia de que el reyno
portugués era tuyo, y que tu hermano
por la Castilla fugitivo andaba.
¡Oh! cuánto me alegré. Los cielos saben
cuánto gusto y placer sentí al oirlo.

¡Qué gracias dí! ¡Qué galas no me puse!
En mí misma de gozo no cabía.
Los bologneses todos se ocupaban
en públicos festines y teatros
por complacer a su feliz condesa ...
¡Mas, ay de mí! La mano se entorpece,
el llanto brota, y la cuitada carta
de borrones y lágrimas se llena.
En medio de mis dulces alegrías
viene la fatal nueva de que Alfonso,
a su amada Matilde abandonando,
a una muger bastarda se entregaba.
¡O fatal golpe! ¡Golpe inesperado,
que derribó mis esperanzas todas!
¿Es este proceder acaso digno,
amado Alfonso, de la ilustre fama
que antes que te casases te seguía?
¿Son acaso los príncipes exentos
de las obligaciones que contraen?
¿O es que con la mudanza del estado
te mudaste también? ¿Aquese reyno,
ese reyno fatal, que destinado
sólo fué para hacerme desdichada,
tanto pudo cegarte, que rompiste
aquel nudo feliz que nos unía?
¿No soy la misma yo que ser solía?
¿No soy yo la Matilde que en un tiempo
tanto te enajenaba? ¿Quántas veces,
infel, no aseguraste, que primero
hacia su madre volvería el Jane
que olvidarme un instante de tu vida?
Vuélvete, Jane, atrás; vive y me olvida,
y me deja por otra el crudo Alfonso,
que así cumple el traidor sus juramentos.
Mas, Matilde infelice, no te canses
en persuadir a Alfonso sus deberes.
¿No es ese mismo que feroz y altivo
retroceder te manda, y no permite
que en su presencia la razón le expongas
de tu amargo dolor? Pues sienta, sienta
tu rigor el tirano, ya que infame
no quiso agradecer tus beneficios.
Sí, cruel, yo seré la que conmueva
los príncipes christianos en tu daño.
El sagrado pontífice movido
de mi justo dolor y tus delitos,
fulminará terribles anatemas

contra tu obstinación. De aqueso reyno,
de ese reyno que tanto te ha cegado,
el justo juez de las humanas obras
te quitará el dominio. Entonces todos
contra tí se armarán; y tú, hecho presa
de todos, morirás infelizmente
como cerdoso jabalí, que herido
de ponzoñosos hierros, y acosado
del rabioso lebrel, rinde la vida
a los botes sangrientos de una lanza.
Entonces ¡ay! repetirás en vano
el nombre aborrecido de Matilde;
ansioso entonces volverás los ojos
hacia la Francia, de tu muerte ansioso,
suspirarás y cerraráslos luego,
para no abrirlos más. ¿Te burlas de esto?
No burlarás de Dios que desde el cielo
ya te amenaza con la aguda espada
de su justicia y su furor violento.
Estremécete, infiel, tiembla, tirano,
al acordarte del castigo horrendo,
que te espera por premio de tus días.
¡O Dios omnipotente! Tú que has visto
la santa llama del amor más puro
ceder al interés, y los sagrados
vínculos con que el cielo a los amantes
une, con tal protervidad romperse,
¿por qué un rayo del cielo no aniquila
tan injusto traidor? ¿Pero qué digo?
Tú eres justo y darásle competente
pena a su horrible y detestable crimen;
de esa muger infame a quien adora
despojarásle; sus estados todos
al dominio vendrán del que primero
los ocupare; y él, atormentado
con mil remordimientos, abatido,
y de todos los hombres despreciado,
vivirá hasta que llegue el triste día,
en que le arrojes al eterno fuego,
do entre horribles suplicios y castigos
perpetuamente atormentado sea.

ODA RECITADA EN LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO

En la Junta pública que tuvo el día 14 de julio de el año de 1787 para distribuir los premios concedidos por el Rey, nuestro señor, a los discípulos de las tres nobles Artes.

Noble entusiasmo, ven; tú que levantas
el ánimo del hombre, atravesando
con tus rápidos vuelos
a la parte más alta de los cielos,
ven fácil a mi voto, acompañando
aquel sagrado fuego con que encantas
el alma del poeta que te implora;
ven, noble fuego, ven, que quiero ahora
los divinos primores
de las artes cantar y sus loores.
Y tú, rabel humilde, que ya un día
entonaste en las húmedas riberas
del Tormes abundoso
las canciones que Apolo luminoso
alegres me inspiraba y placenteras
baxo de alguna cavidad sombría,
de un alto fresno quedarás pendiente,
en tanto que celebra heroycamente
la citara atrevida
la gloria de la patria esclarecida.
De la patria feliz que, coronando
la frente de laureles inmortales,
añadió a su grandeza
de las divinas artes la belleza,
sus renombres famosos ensalzando
sobre la antigüedad; ellas iguales
a la naturaleza son; por ellas
mejoradas se ven sus formas bellas,
el espíritu encantan
y a la virtud sublime le levantan.
Pero de ti, Diseño celebrado,
de ti diré, primero fundamento
y basa de las artes,
cómo la bella proporción repartes,

la enérgica expresión al noble intento
del artista constante y aplicado.

Tú de los entes los contornos muestras,
y tú la mano y el pincel adiestras
para pintar perfectos
de la naturaleza los efectos.

Mas dime ¿con qué arte soberano
distingues los afectos y facciones
del niño delicado,
de las de el mozo altivo y arriscado,
y los miembros perfectos de varones,
de los del corvo y arrugado anciano?

¿Cómo en un mismo plano poner osas
los astros y la mar y quantas cosas
el Criador produjo?

¿A tanto alcanzas, celestial Dibuxo?
Sobre ti sus hermosos pies fixando
sube a la perfección más peregrina
la gracia encantadora.

Con su delicadeza se mejora
el universo ser, y a la divina
eloquente expresión acompañando,
a los sentidos roba enagenados.

Por ella serán siempre celebrados
los graciosos pinceles
del Alegri divino y grande Apeles.

Pero ya la Pintura ante mi vista
se presenta de lienzos rodeada,
y al contemplarlos veo
la belleza ideal; mírola y creo
los encantos del Arte, y animada
la tinta dulcemente me conquista.

Unidos a la gran naturaleza
el Gusto, la Verdad y la Belleza,
aquí el odio me excitan,
y allí con el amor mi pecho agitan.

De un medroso terror mortificada
el ánimo se halla, quando miro,
¡o Miguel inflamado!

en tu *universal juicio* el rostro ayrado
del juzgador severo: Yo suspiro
al ver el fuego con que está expresada
la confusión en unos, la vergüenza
punzante en otros reos, y comienza
a temblar la alma mía
viendo presente tan tremendo día.

Mientras que la Escultura duradera
antè mis ojos pone a *Ganimedes*
sobre el ave ligera,
que la remonta a la celeste esfera.
¿Cómo, cincel agudo, tanto puedes?
Brilla en su cuerpo la risueña aurora
de la juventud tierna, sus xugosos
miembros están qual de azucena hermosos,
y en su rostro se mira
el susto y turbación con que respira.

Entretanto, la noble Arquitectura
se halla en empresas grandes ocupada.
Ya entre sus obras veo
la planta del magnífico *Museo*
donde natura fixe su morada
para enseñanza de la edad futura.
¡Dichosa España, y tiempos más dichosos!
en que se ven intentos tan grandiosos,
intentos, que a lograrlos
se empeña el grande y el augusto Carlos.
El grande y sabio Carlos, que alentando
las ciencias y artes generosamente,
de sus vasallos fieles
le concilia el amor, y de laureles
coronada su noble excelsa frente
le irán los venideros celebrando.
Y a ti, su gran ministro, el cielo quiera
concederte una vida duradera
para ser en el suelo
el honor de las artes y el consuelo.

ELEGÍA

En un abismo de pecar contino
voy confundiendo mi cansada vida,
siempre olvidado del poder divino.

En vano la razón enflaquecida
gime, llorosa, y a arrancar me incita
la inmunda planta al corazón asida:

Que mientras más en mi interior me grita,
yo estoy con más tesón eslabonando
la cadena del vicio, que me agita.

Y Dios por otra parte, sustentando
mi vida criminal con su clemencia,
de mayor confusión me está llenando.

Acabe, acabe tan fatal demencia,
acabe tan funesto devaneo,
tan infame maldad, tanta insolencia.

¿Y estos los frutos son de mi deseo?
No hagáis, inmenso Dios, más desdichada
la horrible situación en que me veo.

De la santa virtud la sombra ayrada
parece que a mi vista se presenta,
y me confunde con su faz sagrada.

Que la ultrajada Religión, sedienta
de mi sangre y mi ruina, fulminando
sus rayos viene contra mi violenta.

Y a este otro lado con furor gritando
una espantosa voz hiere mi oído,
y mi espíritu allige así exclamando:

«¿Infame, siempre en la maldad sumido
has de vivir? ¿Y siempre abandonado
tras del engaño y el error perdido?

¿El torpe y vil placer no te ha saciado?
¿No te ha saciado el mundo? ¿Y aún suspiras
porque un placer no encuentras que has buscado?

¡Infeliz, estremécete! ¿no miras
que aquella mano augusta de quien pendes,
te va a hacer el objeto de sus iras?

Mas tú entretanto con furor enciendes
el devorador fuego, que a abrasarte
va envuelto con el vicio, y no suspendes

el continuo pecar. ¡Ay! guarte, guarte,
de la saña de Dios terrible y fiera,
que nadie puede a su furor librarte.

Tú acaso tienes esto por quimera,
y entregado de nuevo al vano mundo,
la eternidad desprecias que te espera.»

¿La eternidad?... ¡Oh Dios! Yo me confundo,
yo me confundo cuando en ella pienso
abandonado a mi dolor profundo.

¡O voz, no truenes más! Un humo denso
ocupando mi vista al entenderte,
me aflige a par de mi dolor inmenso.

¿Que ya por siempre en desdichada suerte
rabiando he de vivir? ¿Siempre perdido
y envuelto en los horrores de la muerte?

Mas ¡ah! que bien merece estar sumido
en el mayor horror de los pesares,
el que a tan grande Dios tanto ha ofendido.

A aquel que hizo de estrellas los millares,
que remueve los montes de su asiento,
y registra los hondos de los mares.

Con vil y descarado atrevimiento
el lodo, el lodo infame insultaría,
¿y él había de ocultar su sentimiento?

¡Oh qué terrible confusión la mía!
Parece que a mis pies se abre la tierra,
y que me esconde en su caverna umbría.

Que la naturaleza me hace guerra
con todos sus esfuerzos, impelida
de la grande impiedad que en mí se encierra.

¡O vida en el pecado envilecida!
¿Por qué antes de este punto no acabaste,
en que llegas a serme aborrecida?

El dulzor de que tanto me colmaste,
y aquella muchedumbre destructora
de los deleytes en que me anegaste,

¿de qué le sirven a mi pecho ahora,
sino de pasto a la inquietud maldita,
que mis sentidos y razón devora?

Ya, Dios tremendo, veo la infinita
hondura de tus juicios, y en mi mente,
la rabia advierto que a morir me incita.

Veo con claridad cuán vanamente
en tu grande bondad mi maldad fia,
que los delitos juzgarás clemente.

Y advierto en mi exaltada fantasía
todo el funesto horror representado
del juicio horrendo del postrero día.

Tú en tu tremendo Tribunal sentado...
tus ojos..., tus palabras de ira llenas...;
yo confuso..., aturdido..., avergonzado.

Veo que eternamente me condenas
a ser pasto del fuego del infierno,
entre voraces punzadoras penas.

¡Qué horrible entonces el dolor interno
rasgará mi interior, al ver ayrada
la faz del poderoso y el eterno!

¡O Señor! antes de hora tan cuitada
arrojad a esta infame criatura
al abismo insondable de la nada...

¿Qué desesperación mi pecho apura
hasta obligarme a blasfemar rabioso,
y me oprime feroz con mano dura?

¡Ah! Ya advierto mi error, Dios bondadoso,
y de tu luz un rayo manifiesto
me conduce a la gracia y al reposo.

Conozco mi maldad, y la detesto,
y aparto el labio de la copa de oro
bebido habiendo su licor funesto.

Yo espero en Dios, y si mis males lloro,
sabrá apartarme del infiel camino
su providencia, que rendido adoro.

Yo espero en mi buen Dios, el que benigno,
nunca niega su auxilio poderoso
al que aturdido a su poder divino
piedad en su pecar demanda ansioso.

ODA I

A UN OPULENTO AVARO

¿De qué te sirve, di? ¿De qué te sirve,
vil avariento, el oro?

¿De qué te sirve el pálido tesoro
en escondidas arcas encerrado,
y con fuertes cerrojos resguardado,
en obscuro aposento,
donde jamás el sol le dé, ni el viento?

¿De qué el costoso y eminente alcázar,
¡infeliz!, te aprovecha?

¿De qué la reluciente casa, hecha
no para descansar, para cuidados?

¿De qué los techos y artesón dorados,
con barras de oro unidos,
y sobre el mármol pario sostenidos?

Nada de esto te sirve, miserable,
para que más fortuna
tengas, o goces excepción alguna;
el oro tan brillante y tan lustroso,
¡quán difícil de hallar y qué costoso!
Y aun después de alcanzarlo
¡quánto trabajo cuesta el conservarlo!

Ese anhelar inquieto por tesoros
que tu pecho devoran,
esas ansias infames que desdoran

la virtud y el honor, ¿qué te adquirieron?
¿Acaso un poco de oro? Nada hicieron.
Por mucho que poseas,
es aún mucho más lo que desees.

Mas supongo que encierres en tus arcas
todo el oro del mundo;
que te sirva su pesca el mar profundo;
que poseas los quadros soberanos
de famosos Apeles y Ticianos;
y en fin, que el orbe entero
tu mandato obedezca con esmero.

¿Pensarás, miserable, por ventura,
que con tal poderío
más felice serás? ¡o desvarío!
Mientras más poder tengas, más cuidados;
y con tantos tesoros encerrados
jamás estás contento;
¡miserable condición del avariento!

Envidia sólo causarás al triste
que tenga por ventura
lo que los sabios juzgan desventura;
a aquel que en la quietud halle sosiego;
o bien al otro mísero, que ciego
en torpe vicio yace,
y jamás de obrar mal se satisface.

¡Mas, o cuánto se engañan y te engañas!
Ni el mando, ni el dinero,
saben dar un descanso verdadero;
sólo la virtuosa medianía
darlo puede; y en tanto que en el día
disfruto mil placeres,
tú niégate a tí mismo tus haberes.

ODA II

A FILENA

Ya que vuestra severa
virtud, desdeñe recibir ahora
mi voluntad sincera,
tened piedad, señora,
de este rendido amante que os adora.

De este amante abrasado
al fuego de la gracia y hermosura,
que próspera os ha dado
la admirable Natura;
pues todo su poder en vos apura.

Mas ¡ay! el desdén fiero
que tiene por mí mal fortalecido
vuestro pecho severo,
está firme al gemido,
qual roca inmóvil al viento enfurecido.

¡Ah! ¡quién, a gracia tanta,
aunque fuera de mármol resistiera?
¡Y la triste garganta
al yugo no rindiera,
si vuestras prendas con cuidado viera?

Yo quedé enagenado
al enredar la vista en el cabello,
para mí mal rizado;
y al mirar aquel cuello,
que suspende y encanta en sólo vello.

En vuestros ojos via
el fuego para arder las almas hecho,
y después advertía
en lágrimas desecho,
la blanca nieve palpar del pecho.

La dulce... ¡Ay! Yo me olvido
de aquella desdeñosa compostura,
que unida al encendido
rayo de la hermosura,
templar sabe el rigor y la dulzura.

Y tú, virtud divina,
tú, que en su pecho tienes digno asiento,
a su planta encamina
este dulce lamento,
y de mi tierno amor el sentimiento.

De este amor inefable,
jurado sólo a vuestra hermosura,
o Filena adorable,
desde que mi ventura
a conocer me dió vuestra luz pura.

¡Feliz por siempre el día
en que se oyó a la fama placentera,
que de Pincia venía
a ornar nuestra ribera
la beldad más amable y lisonjera!

El Padre Tormes luego
amansaba sus ondas cristalinas
en plácido sosiego;
y a sus Ninfas divinas
de rosas adornaba y clavellinas.

Y el amor desprendióse
del seno de su madre y baxó al suelo,
os miró y admiróse.
Advirtió mi desvelo,
hirióme el corazón, y se fué al cielo.

SILVA I

A UNA GARGANTA

A tí mi vista se dirige ahora,
garganta encantadora.
Yo atónito en tí veo
un no sé qué de gracia y hermosura,
que enciende mi deseo.
¿Quién es el que en tí puso
para mi mal la celestial blancura,
que junto al encarnado de la rosa,
al amante suspende que te mira?
Tú eres principio del nevado seno,
de ese nevado seno, donde unida
la honestidad con la virtud se anida.
Tú añades magestad y gentileza
a la hermosa cabeza,
que augustamente sobre tí sostienes;
quiso Naturaleza
echar el resto a su poder un día,
y el modelo formó de la belleza
en vos, señora mía.
Sacó las perfecciones
de las más excelentes producciones

que en el mundo existían,
y en sola vos las puso: dió a la frente
aquel albor que alegra la mañana,
a los ojos la luz abrasadora
con que Febo en su carro el suelo dora...
Pero hermosura tanta
colocó en la garganta,
que al mirarla acabada,
Naturaleza atónita y pasmada
se quedó contemplando su belleza;
el Amor con extraña ligereza
voló a verla, y al verla, enagenado,
aquí haré mi mansión eternamente,
dixo, de ella abrazado.
¡Ay! si Amor y Natura
admiran la hermosura
de esa garganta bella,
¿qué hará un amante al vella?
Ya mis ojos ardientes se extravían,
ya miran cuál se enciende y cuál se agita
la rosada cerviz, luego reparan
entre los lazos y delgadas gasas
cómo palpita el delicado pecho.
Alzo después la vista, y la garganta
otra vez me suspende y enagena;
y al mirarla no puedo contenerme,
no puedo contenerme, y a mí mismo
me digo enardecido: *si a aquel cuello
abrazado te vieras,*
enagenado, Anfriso, ¿qué te hicieras?

SILVA II

LA AUSENCIA

Ansia tirana, pues con tanta priesa
me quieres acabar, afloja un poco
ese furor infausto.
Déxame suspirar la causa aciaga
que a tan vil situación me ha reducido.
De la cumbre mayor en que se vido,
cayó mi gloria derribada al suelo;
¡ay, fiero desconsuelo!

¿Cómo tan presto se han desvanecido
aquellos regocijos y alegrías
que gocé en otros días?
¿Cómo en tan breve tiempo tal mudanza,
y mudanza tan fiera? ¿Qué delitos
contra tí he cometido, cielo augusto,
para que tan tirano me castigues?
En nada te ofendí; mis desventuras
nacieron de un amor, de un amor puro
debido a la inocencia y la hermosura.
¿En qué, pues, delinquí para que ahora
despeñándome ¡ay triste! de la cumbre
de mi dulce ventura,
a desdichas tan tristes me abandones?
¡O ausencia, el más terrible de los males
que inventó el amor fiero contra el hombre!
¿Quién te ha dado el poder con que destruyes
la más firme esperanza? Tú concluyes
con el contentamiento y alegría
que al amante da vida. En un instante
conviertes en acíbar las delicias
que más dulzura causan en el mundo.
Tú haces, triste ausencia,
que aun el más firme espíritu vacile
en la fe de su amante. Tú hiciste
que los rabiosos zelos
contigo comparados
fuesen breves desvelos
en un punto acabados.
Por tí me miro en este vil estado
muy más duro mil veces que la muerte;
en él aun a mí mismo yo me ignoro;
en sólo puesta el alma en lo que adoro,
no atiende a lo demás. ¡Ay! ¿Quién creyera
que en amargura tal se convirtiera
lo que entonces tan dulce se mostraba?
¿Y quién pensara que de aquel contento,
que tanto mi pasión lisongeaba,
viniese a proceder este tormento,
que así me aflige el corazón? ¡Maldita
y execrable pasión, que a tal estado
conduces a los hombres! Busco ansioso
en esta para mí triste morada,
aquel grande reposo y alegría
de que privado estoy; mas vanamente
los buscas, infelice: ¿qué hallar puedes
en este sitio sin los bellos ojos,

que con tanta ternura y complacencia
mirarte acostumbraban? Ojos bellos,
¿con que ya no he de ver aquella lumbre
que oscurecer el sol a mediodía
bien puede? ¿Aquella lumbre, donde el fuego
de mi pasión violenta se encendía?...
Conviéneme morir, pues desterrado
estoy de aquella luz, que era la causa
de todo mi contento. ¿Dó se han ido
aquella gentileza y hermosura
de todos adoradas? ¿Dónde suena
la voz encantadora de la boca
que con sus amorosas expresiones
tan lisonjeramente me rendía?
¡Ay! ¡ay triste de mí! ¿Qué me ha quedado
de aquel alegre y venturoso estado?
Nada más que memorias infelices,
que con mis crudos y rabiosos males
para acabar mi vida se han unido.
Yo quedaré con ellos batallando
hasta que el alma a los livianos vientos
vaya, y el cuerpo en este triste valle
quede, para escarmiento de amadores...
Y acabaré al furor de mi destino,
pues así las estrellas lo quisieron,
que sólo por mi mal alimentaron
pasión tan triste, tan funesta y brava.

Así Anfriso en su ausencia se quexaba.

R O M A N C E

A THIRSO

En este escondido valle
cercado de espesas sierras,
do testigos de mis ansias
son solamente las peñas,
al dolor abandonado,
y devorando mi pena,
maldigo de mi destino
con mil rabiosas querellas.
Así está, Thirso, tu amigo:
aquel que las zagalejas

por alegre coronaron
en sus envidiables fiestas.
¡Venturoso tú mil veces
que gozas con alma exenta
de su inocente alegría,
y sus gracias placenteras!
Y desdichado del triste,
a quien la grave cadena
los fieros hados echaron
oprimiéndole con ella.
¿Por qué ha de nacer el hombre
si ha de estar su alma sujeta,
hora a una cruda desdicha
y hora a una amarga miseria?
¿Por qué después de perdido
en tal laberinto, niega
a la reflexión divina
sus ofuscadas potencias?
¡Mas ah! Yo pierdo estas voces,
mientras que la aguda flecha,
en el corazón clavada,
de desventura me llena.
En vano con mano débil
voy a arrancarla; me apremia
más y más, cada momento,
y respirar no me dexa.
Yo triste y desesperado
llamo a la muerte, mas niega
la impía muerte a mis plegarias
sus despiadadas orejas.
Anfriso infeliz, ¿qué haces?
¿Tienes cerradas las puertas
a la esperanza, y con todo
en tus pasiones te anegas?
¿Aliviarte en tus dolores
podrás si te desesperas?
¿O en el despecho y la rabia
encontrar consuelo piensas?
Sólo a la virtud divina
encargó la Providencia,
que fuese el común asilo
de las humanas miserias.
Así discorro unas veces;
otras se me representa
aquel tiempo tan dichoso
que contigo yo viviera.

¡Ah Thirso! ¡Quién a unos días
tan agradables volviera!
¿Dónde huyó aquella ventura
tan plácida y lisonjera?
Mas ¡ay! vino la malicia,
corrió el velo a la inocencia,
y con ella se escaparon
aquellas horas tan buenas.
Quedó el pecho descubierto,
y las pasiones violentas
lanzáronse como tigres
a hacerle funesta guerra.
De él crudas se apoderaron,
y yo en desdicha tan fiera
a las ciencias acogime
y me burlaron las ciencias.
Volví a la beldad mis ojos,
juzgué que sus alhagüañas
perfecciones servirían
de salud al alma enferma.
Engañéme. ¡Oh! ¡nunca, nunca
mis ojos tristes yo abriera!
¡Nunca engañarme dexara
de sus falsas apariencias!
Amo, y en vez de contento
hallo las penas acerbas
que una gran pasión causa
sin poder satisfacerla.
Yo triste, amador insano
de una muger, que desprecia
mis amorosos suspiros
y mis ardientes querellas,
y que, fina, al mismo tiempo
su más puro afecto empeña
en otro, quizás más digno,
y no más amante della,
¿qué he de hacer? ¿Por qué no muero?
Violenta pasión, sal fuera,
sal, ¿por qué me despedazas
el corazón? ¿Por qué aquejas
tanto un infeliz? ¿Por qué
no haces que apagada sea
esta llama abrasadora
que discurre por mis venas?
Y tú, implacable Destino
a quien complace y deleyta
el ver penar a los hombres,

que a desdichados condenas,
¿por qué me afliges tan crudo?
¿Por qué un momento siquiera
no mitigas los rigores
que me punzan y atormentan?
Mas tú te burlas de todo;
y apretando la cadena
de la fiera desventura,
mi agudo martirio aumentas.
¡Ay de mí! Las ansias crecen.
La ponzoña se alimenta
de las entrañas, y al cabo
mi fin desdichado llega.
¿Tanto las pasiones pueden
en el pecho que envenenan?
¡Ay! En mis amargas ansias,
querido Thirso, escarmienta.

ROMANCE

A LA ESPERANZA

Malogradas esperanzas,
si en vuestros dulces deseos
engañadas habéis sido
por unos vanos afectos,
no desamparéis ahora
ni dexéis en desconsuelo
con vuestra triste partida
este lastimoso pecho.

Por vosotras he vivido,
por vosotras me mantengo,
y si me dexáis vosotras
feneceré sin remedio:
de tantas tribulaciones
sed el único consuelo,
y dexad que mis desdichas
con vuestro quedar sean menos.
Que aunque aquella ingrata Circe
tan poco caso haya hecho
de mi fe y de mis palabras,
no por eso desespero;
mas, ¡ay!, quien tanto desprecia
mis honestos pensamientos,
¿qué hará de reconvenções?

¡Infeliz, ya no hay remedio!
Dime, bella infiel, ¿qué causa
pude dar a tu desprecio?
¿Ni qué razón tener puedes
para tal procedimiento?
¿Mudanzas e ingratitudes,
son el merecido premio
de dolores tan crueles
y de tan duros tormentos?
¿En nada, perjura, en nada
estimas el juramento
que de ser mía me hiciste
en el valle de tu pueblo?
Decías: Querido amigo,
juro por los altos cielos
de ser tuya hasta que muera,
sin conocer otro dueño.
¡O palabras!, ¡o semblante!,
tan traidor como alhagüeno,
¡O servicios mal gastados!,
y ¡o mal pagados deseos!
¿Quién pensará que se encierra
un ánimo tan perverso
en un cuerpo tan hermoso
y en un semblante tan bello?
¿De qué, infeliz, me han servido
aquellas torres de viento
que en mi cabeza formaba
tan sin tino y sin provecho?
De nada más que amarrarme
con más gusto al grave peso
de la terrible cadena
que me tiene tan sujeto,
ofuscadas las potencias,
esclavo el entendimiento
y rendida la razón
de una muger al imperio.
¿Qué haré, infeliz, en tan triste
y lamentable suceso?
¿Desataré las cadenas
que de este modo me han preso?
Mas, ¡ay!, que el alma responde
en lo interno de mi pecho:
Muere, miserable, muere,
que ya no puedes hacerlo.
Y pues ya sin esperanza
de recobrar mi sosiego

cautivo y encadenado
infelizmente me veo,
idos con Dios, esperanzas,
que desesperado muero
en brazos de mi desdicha
y a manos de mi despecho.

HIMNO

A LA INOCENCIA

Vuelve, don divino,
cándida inocencia,
e inspira a los hombres
tus decretos santos.

Desciende del cielo,
donde eterna moras,
y esparce en la tierra
tus luces sagradas.

Ahuyenta del mundo
los fieros engaños,
las guerras infaustas,
que tanto destruyen.

Infunde en el hombre
aquel candor puro
que de fiera horrible
le transforma en ángel.

Así de su seno
huirá la malicia,
madre de los odios
y de las traiciones.

Los pechos horribles
de rencor armados,
tornaránse dulces,
blandos y suaves,
y la tierra toda
sentirá tus dones,
la tierra asolada
con tantas maldades.

Pues cumple mis votos;
ven, santa Inocencia,
y entrando en el mundo
de dichas le colma.

¿Por qué no le vuelves
la edad venturosa,
que fué por tu causa
llamada de oro?

No así se buscaban
los hombres entonces
con hierros sanguinos
para apedazarse.

No cupo en sus pechos
la codicia infame,
ni la vil envidia
vertió su veneno.

En plácidos juegos
las horas pasaban,
las horas que ahora
tan molestas huyen.

Nunca en los esposos
reynó la falsía,
que siempre leales
y tiernos se amaron.

Nunca fué a la guerra
el joven robusto,
ni fuertes arneses
su espalda agobiaron.

Sin zelos, envidias
ni murmuraciones,
la tierna zagala
con él se reía.

Todo era delicia,
todo paz dichosa,
en que se embriagaban
las almas sensibles.

¡Edad venturosa!
¡Edad envidiable!
¡Qué felices fueron
los que te gozaron!

¡Tú, santa Inocencia,
solamente puedes
volvérsele al mundo:
¿pues qué te detiene?

